

Accidente aéreo en Bonampak

En noviembre de 1974 se llevó a cabo en Bonampak una reunión internacional organizada por el INAH en coordinación con la UNESCO, con el propósito de establecer los lineamientos del proyecto de restauración integral de los murales. Para tal fin se hicieron reparaciones al viejo campamento y se construyó otro para albergar durante 10 días a todos los participantes, expertos del INAH y de la UNESCO.

Se me encomendó la supervisión de las obras, así como el abastecimiento de materiales para la construcción y la introducción del equipo de trabajo, mobiliario y utensilios para el hospedaje y la alimentación, lo que fue enviado por tierra hasta Tenosique y Palenque. Desde tres semanas antes estuve haciendo vuelos diarios, ida y vuelta desde Tuxtla Gutiérrez, hacia San Cristóbal, Palenque, Tenosique, Chancalá, Lacanjá y Bonampak, en el avión bimotor de nueve plazas que el doctor Manuel Velasco Suárez, gobernador del Estado, puso a nuestra disposición para tal fin, piloteado por el capitán Romo.

Al aparato se le retiraron todos los asientos traseros y en cada vuelo se llenaba al máximo de su capacidad, volando en condiciones adversas pues había llovido mucho y las pistas estaban enlodadas. No obstante el capitán Romo demostró su pericia con una buena dosis de audacia y durante todo ese tiempo no tuvimos el más mínimo percance.

En esas tres semanas trabé amistad con el capitán Romo, un hombre muy alegre y platicador, de unos 40 años, bajo de estatura pero de complejión robusta. Las pláticas, en las que

generalmente llevaba él la voz cantante, versaban casi siempre y de manera casi obsesiva sobre sus conquistas amorosas, burlándose del copiloto por no conocerle ninguna amiga.

Se terminaron a tiempo todos los trabajos del campamento y al día siguiente, en el bimotor y en el Cesna del gobernador, arribó a Bonampak todo el personal que participaría en la reunión. Contando al personal de intendencia del Departamento de Restauración que colaboró en las obras y en el servicio de atención a los huéspedes, estaríamos allí unas 40 personas. Con todos los que Romo tuvo contacto durante el viaje desde Tuxtla, siguió alardeando de ser un gran conquistador.

La reunión se llevó a cabo sin contratiempos, cumpliéndose los objetivos planteados y sin nada relevante que comentar desde el punto de vista anecdótico. El día 18 de noviembre se dieron por terminados los trabajos y se organizó el retorno para el día siguiente. Cerca de las once de la mañana del día 19, llegaron los dos aviones del gobierno del Estado y comenzó el traslado del personal que asistió a la reunión, rumbo a Tuxtla.

Tuvieron que hacerse dos vuelos de cada aparato, siendo el último el del bimotor de Romo, para recogernos solamente a Jaime Cama, a Luis Torres y a mí que nos quedamos a ultimar detalles. El personal de intendencia permanecería hasta el día siguiente para recoger todos los utensilios y hacer limpieza del campamento.

Romo se sintió obligado a demostrar sus capacidades de conquista: días antes al llevar vituallas al campamen-

to, se hizo acompañar de una jovencita de unos 19 ó 20 años a quien nos presentó como su novia. En el vuelo final para recogerlos dejó al copiloto en tierra llevando en su lugar a otra chica, más o menos de la misma edad de la anterior, presentándola también como su novia.

Éramos sólo tres pasajeros con muy poco equipaje (el mío se fue en el primer vuelo), así que no había problemas de sobrepeso. Luis Torres se sentó espalda con espalda atrás del piloto, Jaime Cama en el asiento del medio y yo en el último; despegamos.

Siempre ha sido costumbre de los custodios de la zona despedir a los aviones desde la caseta de la planta eléctrica a un costado de la pista hasta que se pierdan tras los árboles. Yo me asomo por la ventanilla para despedirme y noto que el avión pasa sobre la caseta demasiado alto; al regresar la vista veo que la hélice derecha está trabajando muy lentamente y de repente el motor se detiene; quiero decírselo al piloto, pero éste va muy entretenido abrazando a la “novia” y no se ha dado cuenta del percance; cuando lo hace se pone muy nervioso, quiere utilizar el encendido de emergencia, pero en su lugar apaga el otro motor y el avión comienza a caer... estábamos ya por encima de las copas de los árboles, quizás a unos 80 metros de altura.

Jaime Lanza una exclamación: “¡ en la m... !” Después, el silencio total. Una de las alas pega en un árbol desvian-

do la trayectoria del aparato y todos quedamos en espera del golpe final. Un segundo después se escucha el golpe, el avión se sacude y el fuselaje se dobla por el centro de manera que me oculta al piloto; Luis Torres tenía flojo el cinturón

de seguridad y sale despedido hacia la parte de atrás del avión en el momento en que se desprende el plafón, golpeándolo en la ceja izquierda abriendo una herida que sangra profusamente, no puede levantar el párpado y piensa que perdió el ojo. Cama se había sujetado fuertemente de los asientos, por lo que el impacto repercute en su columna causándole fuertes dolores, también recibe una herida en la ceja y la sangre que mana de ella le nubla la vista. Yo salí completamente ileso.

Afortunadamente la puerta del avión se abrió y pude ayudar a ambos a bajar asegurándome de que ninguno tenía problemas en los ojos. El piloto y su acompañante no hacían ruido, por lo que

temí por su vida. Con ese temor me acerqué a la cabina, pero fuera de algunas contusiones y pequeñas heridas en la cara sólo estaban muy asustados. Romo no podía quitarse el cinturón de seguridad y la chica, hasta ese momento muda, comenzó a gritar histéricamente; también les ayudé a bajar.

El problema ahora era cómo salir de ahí y hacia dónde caminar. Sabía que estábamos muy cerca del campamento, pero no en qué dirección estaba. Trataba de orientarme infructuosamente cuando oí la voz del legendario Pedro Pech: “¡por aquí debió caer!” ... entonces le llamé. Venía con todos los custodios y nuestro personal de intendencia esperando encontrar una tragedia. Fue un alivio para todos y nos dirigimos al campamento. Gracias a la despedida pudieron vernos caer y corrieron en nuestro auxilio.

Yo atendí a Luis Torres. Logré detener la hemorragia lavándole con

agua de Tehuacán (ya no había otra cosa en el campamento) y le coloqué un esparadrapo. Mientras tanto Jaime Cama fue atendido por algunos de los compañeros de intendencia envolviéndole el tórax, a manera de faja, con toda una pieza de franela que había quedado en la bodega, pues temíamos que tuviera fracturada la columna.

Norberto González se había quedado en espera del piloto Pedro Joaquín Mandujano, quien lo llevaría a Tenosique donde tenía su camioneta para regresar a Mérida. Él también nos vio caer, corrió hacia nosotros y a medio camino se quedó paralizado por el miedo de no encontrarnos con vida. Al tranquilizarse atendió a Romo y a la chica, quien seguía gritando histéricamente pidiéndonos que la matáramos. Obviamente no le hicimos caso.

Cuando terminé de curar a Luis con toda seguridad y precisión, me sobrevino un fuerte temblor en las manos que no me permitía retirar una espina de los dedos.

Pedro Joaquín se retrasó más de tres horas, afortunadamente, pues fue nuestra única oportunidad para salir de Bonampak. De inmediato se llevó a Luis, por ser el de la herida más aparatosa, a Romo y a la chica hacia Tenosique, dejó a Luis en la clínica del IMSS y Romo lo obligó a llevarlos a Tuxtla. Pedro Joaquín envió por nosotros a su cuñado con otro de sus aparatos, pero resultó ser en el que trasladan a los puercos en cuya jaula nos metimos Cama, Norberto y yo. Ya no pudo llevarnos a Tuxtla porque eran cerca de las cinco de la tarde y comenzaba a entrar mal tiempo, así que fuimos hacia Tenosique donde recogimos a Luis ya

atendido médicamente y de inmediato salimos hacia Villahermosa en la pick-up de Norberto, en un viaje de más de tres horas por el camino de terracería de entonces, con el consecuente sufrimiento de los heridos.

Llegamos al aeropuerto de Villahermosa en deplorable aspecto, nuestras ropas manchadas de sangre y lodo, pero a tiempo de alcanzar el vuelo para México en el que enviamos a Luis. Cama tenía los pasajes Tuxtla-México de todo el mundo por lo que decidió quedarse, aparte de que consideró no resistir el viaje por el intenso dolor en la columna; yo también me quedé para asistirlo.

No hubo manera de comunicarnos a Tuxtla, por lo que el resto de los compañeros no sabía nada de nosotros. Finalmente, llamando a Churubusco a eso de las tres de la mañana, el velador, con un teléfono en cada oreja, estableció la comunicación y pudimos informarles y coordinar el regreso a México en-

viando los pasajes en el vuelo México-Villahermosa-Tuxtla, mismo que al retornar nos recogió en Villahermosa.

De inmediato Luis Torres y Jaime Cama fueron hospitalizados. Cama tenía dos vértebras fracturadas, afortunadamente sólo por las apófisis y Luis presentaba, aparte de la herida profunda, una fractura en el arco superciliar. Yo, como ya lo dije, muy asustado pero ileso.

El personal de intendencia no pudo salir de Bonampak al día siguiente a causa del mal tiempo y tuvo que esperar una semana para hacerlo, manteniéndose incomunicados todo ese tiempo en el campamento. Afortunado retraso de Pedro Joaquín, pues nosotros hubiéramos corrido la misma suerte, no se hu-

bieran atendido a los heridos y nadie se hubiera enterado del accidente.

Dos años después encontré a Romo en el aeropuerto de Villahermosa y me relató que había tenido otro accidente con otro aparato igual, también del gobernador, culpando de ambos a los aviones. Años después tuvo otro accidente en el que perdió la vida.

SERGIO A. MONTERO ALARCÓN
*Escuela Nacional de Conservación,
Restauración y Museografía
“Manuel del Castillo Negrete”*